

COMPASIÓN PARA LOS DESGRACIADOS É INDULGENCIA  
PARA LOS DICHOSOS

¡Terrible cosa es la felicidad! En medio de sus goces, en medio de las satisfacciones que produce la posesión de ese falso objeto de la vida, induce á olvidar el verdadero, que es el deber.

Sin embargo, se haría mal en acusar á Mario.

Mario, lo hemos dicho, antes de casarse no había preguntado nada al señor Fauchelevent y después temió preguntar á Juan Valjean. Sintió la promesa á que se dejó arrastrar por la lastimosa situación de éste, y repetidas veces dijo para sí que había obrado mal concediendo aquella gracia á la desesperación. Limitóse, pues, á alejar poco á poco á Juan Valjean de su casa, y á borrar, en lo posible, su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró, en cierto modo, colocarse siempre entre Cosette y Juan Valjean, seguro de que así la joven, no viéndole, cesaría de pensar en él. Era más que la extinción, era el eclipse.

Mario hacía lo que juzgaba necesario y justo. Creía que le asistían, para alejar á Juan Valjean, sin dureza, pero también sin debilidad, graves razones, algunas de las cuales ya se han indicado y otras se indicarán á su tiempo.

La casualidad le puso en contacto, durante la prosecución de uno de sus pleitos, con un antiguo empleado en la casa de Laffite, y adquirió, sin buscarlas, misteriosas noticias que, si bien no pudo profundizar, por consideración al secreto que se le había confiado y á la peligrosa situación de la persona interesada, le constituían, á la luz de su criterio, en el indispensable deber de restituir los seiscientos mil francos á su dueño. Buscábale, al efecto, con toda discreción, absteniéndose entretanto de tocar á lo que miraba como un depósito.

Cosette no estaba en tales interioridades; pero también merece disculpa.

Existía de Mario á ella un terrible magnetismo, que la obligaba á ejecutar como por instinto, casi maquinalmente, los deseos de su esposo. Sentía, en la parte relativa al «señor Juan», un deseo de Mario, y se conformaba con él. Su marido no necesitaba decirle nada; ella sufría la presión vaga, pero clara, de sus tácitas intenciones, y obedecía ciegamente. En este caso su obediencia era no acordarse de lo que Mario olvidaba, y hacíalo sin esfuerzo, ignorando el por qué y sin que deba condenársela. Su alma se había hasta tal punto confundido con la de su marido, que lo que se cubría de sombra en el pensamiento de Mario, obscurecíase también en el de Cosette.

No obstante, justo es decir que, respecto de la persona de Juan Valjean, este olvido y esta extinción no eran más que superficiales.

Cosette estaba aturdida más que otra cosa. En el fondo quería mucho al que había llamado por tanto tiempo padre; pero quería más á su esposo. Esto era lo que había falseado algo la balanza de aquel corazón, inclinándola á un lado solo.

Si sucedía que Cosette hablaba de Juan Valjean como admirándose, Mario la tranquilizaba, diciéndole:

—Está ausente; supongo. ¿No avisó que iba á emprender un viaje?

—Es cierto,—pensaba Cosette.—Tal ha sido siempre su costumbre; pero nunca ha tardado tanto.

Dos ó tres veces envió á Nicolasa á la calle del Hombre-Armado, para que preguntase si el señor Juan había vuelto de su viaje; y de orden de Juan Valjean se le contestó que no.

Cosette no inquirió más; pues para ella en la tierra no había ahora más que una necesidad: Mario.

Por otra parte, los dos jóvenes habían estado ausentes. Habían ido á Vernón, pues Mario quiso que Cosette le acompañase en la visita al sepulcro de su padre.

Mario consiguió poco á poco separar á Cosette de Juan Valjean. La esposa no opuso resistencia al esposo.

Digamos, para concluir, que lo que en ciertos casos se denomina, con demasiada dureza, ingratitude de los hijos, no es siempre tan reprehensible como se cree. Es la ingratitude de la naturaleza. La naturaleza, lo hemos dicho en otro lugar, «mira hacia adelante». La naturaleza divide á los vivientes en seres que vienen y seres que van. Los que se van dirigen la vista hacia la sombra, y los que vienen la dirigen hacia la luz. De ahí cierto desvío, fatal en los viejos, involuntario en los jóvenes. Este desvío, insensible al principio, se aumenta lentamente como toda separación de ramas.

Las ramas, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es culpa suya. La juventud va donde está la alegría; á las fiestas, á los parajes luminosos, á los amores; la vejez, al término de la carrera. No se pierden de vista; pero no existe ya el lazo estrecho. Los jóvenes sienten el frío de la vida, y los ancianos el de la tumba.

No acusemos, pues; á los jóvenes.

## ÚLTIMAS PALPITACIONES DE LA LÁMPARA SIN ACEITE

Un día Juan Valjean bajó la escalera, dió tres pasos en la calle, se sentó en un trascantón, en el mismo trascantón donde Gavroche, en la noche del 5 al 6 de junio, le había encontrado pensativo; se detuvo allí unos cortos minutos y luego volvió á subir.

Fué la última oscilación del péndulo.

Al día siguiente no salió y al otro día guardó cama.

La portera, que le preparaba su parco alimento, consistente en algunas coles ó patatas con un poco de tocino, miró el plato de loza ordinaria y exclamó:

—¡Pero si no habéis comido ayer, buen hombre!

—Si he comido,—respondió Juan Valjean.

—El plato está como lo dejé.

—Mirad el jarro del agua. Está vacío.

—Lo que prueba que habéis bebido, no que habéis comido.

—No tenía ganas más que de agua.

—Cuando se siente sed y no se come al mismo tiempo, es señal de que hay fiebre.

—Mañana comeré.

—O el año que viene. ¿Por qué no coméis ahora? ¿A qué dejarlo para mañana? ¡Hacer tal desaire á mi comida! ¡Despreciar mis patatas tan bien aderezadas!

Juan Valjean tomó la mano de la vieja y le dijo con bondadoso acento:

—Os prometo comerlas.

—Me tenéis enojada,—contestó la portera.

Juan Valjean no veía casi otra criatura humana que aquella buena mujer. Hay en París calles por donde nadie pasa y casas á donde no va nadie. Tal era la calle del Hombre-Armado y la casa de Juan Valjean.

En el tiempo en que aún salía, compró un crucifijo de cobre y lo colocó enfrente del lecho. La vista del crucificado es siempre un alivio para el alma.

Transcurrió una semana sin que Juan Valjean diese un paseo por el cuarto. Estaba de continuo sobre la cama.

La portera dijo á su marido:

—El buen hombre de arriba no se levanta ya ni come. ¡No tirará largo! ¡Los disgustos, los disgustos!... Nadie me quitará de la cabeza que su hija se ha casado mal.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

—Si es rico, que llame á un médico; si no lo es, que no le llame. Si no tiene médico, se morirá.

—¿Y si tiene uno?

—También morirá,—dijo el portero.

La portera se puso á escarbar con un cuchillo viejo la hierba que crecía, en lo que llamaba su empedrado, y entretanto se la oía murmurar:

—¡Qué lástima! ¡Un anciano tan limpio! Está como un pollo de flaco.

Divisó en el extremo de la calle á un médico del barrio que pasaba, y acudió á él, suplicándole que subiese.

—Es en el piso segundo,—le dijo.—Entrad sin inconveniente, pues como el infeliz no se mueve de la cama, la llave está siempre en la puerta.

El médico vió á Juan y le habló.  
 Cuando bajó, la portera fué á preguntar por el paciente.

—Está muy grave,—dijo el doctor.

—¿Qué es lo que tiene?

—Todo y nada. Es un hombre que, según las apariencias, ha perdido una persona querida. Algunos mueren de eso.

—¿Qué os ha dicho?

—Que se sentía bueno.

—¿Volveréis?

—Sí,—respondió el doctor;—aunque más le conviniera un médico para el alma.

## III

DONDE SE VERÁ QUE EL QUE LEVANTÓ LA CARRETA  
 DE FAUCHELEVENT NO PUEDE LEVANTAR UNA PLUMA

Una tarde Juan Valjean, apoyándose con trabajo en el codo, se tomó la mano y no halló el pulso; su respiración era corta y se interrumpía á cada momento; conoció que estaba más débil que nunca. Entonces, bajo la presión, sin duda, de alguna idea suprema, hizo un esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Púsose el traje de obrero, pues no saliendo ya, lo prefería á los otros. Tuvo que pararse repetidas veces, y le costó sudar mucho antes de introducir los brazos en las mangas de la blusa.

Desde que estaba solo, había colocado la cama en la antesala para habitar lo menos posible aquel desierto cuarto.

Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo extendió sobre la cama.

Los candelabros del obispo estaban en su sitio, en la chimenea. Sacó de un cajón dos velas de cera y las puso en ellos. Después, aunque no hubiese obscurecido aún, como que era en verano, las encendió. Vense, en medio del día, hachas así encendidas en la habitación donde hay algún difunto.

Cada paso, yendo de un mueble á otro, le extenuaba y se veía obligado á sentarse. No era la fatiga ordinaria que supone, tras el consumo de fuerza, su renovación; era el resto de los movimientos posibles; era la vida agotándose en abrumantes esfuerzos que no debían reproducirse.

Una de las sillas donde se dejó caer estaba colocada enfrente del espejo, tan fatal para él y tan providencial para Mario, donde había leído la carta de Cosette.

Se miró á aquel espejo y no se conoció.

Tenía ochenta años; antes del casamiento de Mario sólo representaba cincuenta; de suerte que, en tan corto plazo, había envejecido treinta años más.

Lo que en su frente se veía no eran las arrugas de la edad; era la señal misteriosa de la muerte, la cavidad de la implacable garra. Sus mejillas pendían; el color terroso de su cara anunciaba ya la proximidad de la fosa; los dos ángulos de la boca se hundían como en la máscara que los antiguos esculpían sobre los sepulcros.

Miraba al cielo en ademán de queja; se le hubiera tomado por uno de los grandes seres trágicos, víctimas del destino inexorable.

Encontrábase en la última fase de la agonía, fase en que ya el dolor no corre, sino que está, por decirlo así, cuajado; hay sobre el alma como un coágulo de desesperación.

Había cerrado la noche. Arrastró con mucho trabajo una mesa y el viejo sillón junto á la chimenea, y puso en la mesa pluma, tintero y papel.

Hecho esto se desmayó. Cuando hubo recobrado los sentidos, tenía sed, y no pudiendo levantar el jarro, lo inclinó y bebió un sorbo.

Volvióse después hacia la cama, y sentado siempre, porque no podía permanecer en pie, clavó los

ojos en el trajecito negro y en los demás objetos que le eran tan queridos.

Las contemplaciones de esta clase duran horas que parecen minutos. De improviso sintió un temblor, y figurándose que iba á morir, se apoyó en la mesa que alumbraban los candelabros del obispo y cogió la pluma.

Como ni la pluma ni la tinta habían servido en mucho tiempo, los puntos de la primera estaban encorvados y la segunda estaba seca; por cuanto le fué preciso levantarse y poner algunas gotas de agua en el tintero; lo que ejecutó deteniéndose y sentándose dos ó tres veces, y luego tuvo que escribir con el dorso de la pluma. De tiempo en tiempo se enjugaba la frente.

Temblábale la mano. Véanse las líneas que escribió poco á poco:

«Cosette, te bendigo. Voy á explicártelo todo. Tu  
»marido ha tenido razón en darme á entender que  
»debía marcharme; aunque se haya equivocado algo  
»en lo que ha creído, ha tenido razón. Es excelente.  
»Amale siempre mucho cuando yo no exista. Señor  
»de Pontmercy, amad siempre á mi querida niña.  
»Cosette, este papel será encontrado y en él verás los  
»guarismos, si tengo fuerzas para recordarlos. Escucha; ese dinero es tuyo. Lo vas á saber todo. El azabache blanco viene de Noruega; el azabache negro de Inglaterra; los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, más precioso, más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita un pequeño yunque de dos pulgadas cuadradas y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo se elaboraba con resina y negro de humo, y costaba á cuatro francos la libra. Se me ocurrió hacerla con

»goma laca y trementina. Cuesta sólo treinta sueldos, »y es preferible. Las hebillas se hacen con vidrio vio- »lado que se pega, mediante esta cera, en una plan- »chita de hierro negro. El vidrio ha de ser violado »para las alhajas de hierro y negro para las de oro. »España compra en gran cantidad. Es el país del »azabache...»

No le fué posible seguir. La pluma se le cayó de los dedos; le acometió uno de esos sollozos desesperados que subían por instantes desde lo más hondo de su pecho. El desgraciado se cogió la cabeza entre las manos y se hundió en la meditación.

—¡Oh!—exclamaba en sus adentros (gritos lamentables oídos sólo de Dios).—Todo ha acabado para mí. No la veré más. Es una sonrisa que ha pasado sobre mí. Voy á sepultarme en la noche sin volverla á ver siquiera. ¡Oh! ¡Un minuto, un instante, oír su voz, tocar su ropa, mirarla, á ella, al ángel mío, y luego morir! La muerte no es nada; pero ¡morir sin verla! ¡Es horrible! Una sonrisa, una palabra suya. ¿Puede esto perjudicar á alguien? No; todo ha acabado para mí, todo. Solo para siempre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! No la volveré á ver.

En aquel momento llamaron á la puerta.

## IV

DONDE SE VERÁ QUE HAY BOTELLAS DE TINTA BUENAS  
PARA QUITAR LAS MANCHAS

El mismo día, mejor dicho, la misma tarde, cuando Mario dejaba la mesa y entraba en su gabinete para examinar unos asuntos, le entregó Vasco una carta, diciéndole:—La persona que ha escrito espera en la antesala.

Cosette se había cogido del brazo del abuelo y daba una vuelta por el jardín.

Hay cartas que, lo mismo que ciertos hombres, tienen mala catadura. Papel basto, manera tosca de cerrarlas; con sólo ver algunas misivas, repugnan. La carta que había traído Vasco pertenecía á esta clase.

Mario la tomó y le dió olor á tabaco, despertando en él una serie de recuerdos. Miró el sobre: *Al señor barón Pommerci. En su casa.* Conocido el tabaco, fácil le fué conocer la letra. Pudiera decirse que del asombro se desprenden á veces relámpagos. Uno de estos relámpagos iluminó á Mario.

El olfato, misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Era el mismo papel, la propia manera de doblarlo, el color idéntico de la tinta, la conocida letra; sobre todo, no